



Vicente
Vallés

Licenciado en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid. Ha trabajado en las cadenas nacionales de televisión más importantes como Cadena Ser, TVE, Telemadrid, Telecinco y Antena 3, en la que trabaja en la actualidad. Autor de *Trump y la caída del imperio Clinton*, editado por La Esfera de los Libros en 2017.

Vicente Vallés está especializado en información política nacional, aunque también ha cubierto, entre otros acontecimientos internacionales, todas las elecciones presidenciales de Estados Unidos desde 1992. Es profesor en tres másteres de periodismo televisivo, y da cursos de forma habitual en diversas universidades. Vicente recibió en 2006 el premio del Club Internacional de Prensa. En 2009 fue galardonado con el premio Salvador de Madariaga, que concede la Asociación de Periodistas Europeos. En 2010, su programa La noche en 24 horas fue premiado por la Agrupación de Telespectadores y Radioyentes (ATR).

Director y
presentador de
Antena 3 Noticias 1.



EL IMPEACHMENT LATENTE

Vicente Vallés

Ningún cargo político se había atrevido hasta entonces a pronunciar la palabra impronunciable: la palabra I, la *I-word*, ese vocablo que de forma automática dibuja en la mente la imagen de Nixon aquel 9 de agosto de 1974, subiendo la escalerilla del helicóptero Marine One posado sobre el verde jardín sur de la Casa Blanca, volviéndose hacia el personal que había trabajado para él, elevando los brazos al cielo y haciendo el signo de la victoria con sus dos manos. ¿Victoria? ¿Qué victoria? Era la escena de un presidente elegido en las urnas, pero expulsado de sus funciones, precisamente, por la fuerza de las instituciones democráticas, en el uso de las leyes del Estado de derecho. Y, sin embargo, a Nixon nunca se le llegó a aplicar formalmente la *I-word*. Dimitió antes de que el Congreso pudiera hacerlo. Porque iba a hacerlo. Pero, 43 años después, el 17 de mayo de 2017, un arrojado miembro de la Cámara de Representantes se dejó llevar por la audacia, se

acercó al atril con gesto grave y, sin mirar papel alguno, lanzó la *I-word* ante el micrófono que llevaría su discurso a los oídos de sus compañeros de escaño, y a todos los ciudadanos de Estados Unidos a través de la televisión. Al Green, representante del noveno distrito de Texas, de 69 años y de raza negra, dijo *impeachment*: “Señor presidente de la Cámara, hoy pido la palabra para solicitar el *impeachment* (el proceso de destitución) del presidente de los Estados Unidos de América por obstrucción a la justicia. No hago esto por motivos políticos. Lo hago porque creo en los grandes ideales sobre los que se fundamenta este país: libertad y justicia para todos, y la noción de que debemos tener un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Lo hago, señor presidente de la Cámara (y aquí el congresista levantó con firmeza la mano derecha apuntando con su índice al auditorio), porque en este país creemos que nadie está por encima de la ley, y eso incluye al



Al Green, representante del noveno distrito de Texas en Washington

presidente de los Estados Unidos de América”. El representante Green fue el primer político en pronunciar la palabra *impeachment* en público. Otros muchos lo habían hecho ya en privado. Y, por supuesto, las doce letras que la conforman llevaban ya días revoloteando en artículos de prensa y en tertulias de radio y televisión. Hubo quien, con gran amor por el riesgo, había empezado a especular con la destitución del presidente desde la misma noche del 8 de noviembre, cuando ni siquiera había terminado el recuento de los votos que llevarían a Donald Trump a ocupar el más alto cargo político creado por el ser humano. Era prematuro. Pero si, además, fue premonitorio será algo a compulsar en el futuro.

Igual de prematuras eran las manifestaciones que se convocaron en muchas ciudades de Estados Unidos apenas horas después de la jornada electoral. Manifestaciones a las que asistieron muchos americanos de izquierdas que no habían votado a Hillary por no manchar sus manos con una paleta que incluyera el apellido Clinton, y que ahora

protestaban contra otros americanos que no habían tenido empacho en elegir la papeleta de Trump. Si la izquierda americana hubiera querido evitar la victoria de Trump lo habría tenido fácil. Era suficiente con votar contra él cuando correspondía hacerlo.

Y quienes, contra todo pronóstico razonable, ganaron las elecciones sintieron que había llegado su hora, y no la pensaban desaprovechar. Era el fin de lo que ellos consideran la dictadura progre de lo políticamente correcto, y el momento de imponer una nueva cultura del “digo lo que me da la gana y contra quien me da la gana, sin reparar en la terminología a utilizar”. Quizá por eso, la osadía del congresista Al Green pidiendo el *impeachment* de Trump era intolerable a los oídos de quienes acababan de ganar. Green recibió días después varios mensajes anónimos en su buzón de voz que coincidían en amenazarle con “colgar tu culo negro de un árbol”. Memorias del Ku Klux Klan. El congresista Green tuvo su minuto de gloria en los medios, y después se instaló en el mismo

John Pickering, un juez de New Hampshire, figura en la historia como el primer funcionario al que se destituyó mediante el procedimiento del *impeachment* en 1804

olvido del que había salido salvo, quizá, para los votantes de su circunscripción de Houston. Pero su propuesta no ha dejado de sobrevolar la América política, y amenaza con estar presente en este primer mandato de Trump como si fuera un elemento más del paisaje de esta convulsa y espasmódica presidencia.

1 Artículo II, Sección 4

El proceso de destitución de cualquier alto cargo de la Administración figura en la sección 4 del artículo II de la Constitución de los Estados Unidos. Allí se señalan las conductas reprobables que pueden conducir a su aplicación, y se incluyen todo tipo de delitos dentro de la expresión *high crimes and misdemeanors*. Algunos historiadores han contabilizado una veintena de casos a lo largo de la historia. Sus víctimas han sido presidentes, senadores, miembros del

gabinete o jueces. Y no es fácil que prospere, porque se requiere una mayoría reforzada de dos tercios del Senado. El objetivo de tanta protección es evitar que cualquier alto responsable de los poderes de la República pueda ser removido solo por el capricho de sus oponentes.

John Pickering, un juez de New Hampshire, figura en la historia como el primer funcionario al que se destituyó mediante el procedimiento del *impeachment*. Ocurrió en 1804. Pickering vivía en permanente estado de intoxicación etílica, y el presidente Jefferson consideró que aquello era muy inadecuado para impartir justicia. El juez fue destituido de sus funciones por amplia mayoría, pero eso no evitó que muchos federalistas de la época consideraran que se había aplicado la Constitución sin el rigor debido, porque ser un borracho puede ser éticamente reprochable, pero no es ni un gran ni un pequeño delito: ni *high crime*, ni *misdemeanor*. Pero, ¿debe un borracho ocupar un cargo público? Quizá hubiera sido mejor someter al beodo juez Pickering a la vigésimo quinta enmienda de la Constitución, según la cual el presidente puede ser removido, entre otros motivos, por “no poder desempeñar los deberes de su cargo”. Y cabe casi cualquier causa. Sólo tres veces se ha aplicado esta enmienda, y siempre de forma temporal. La primera, cuando Ronald Reagan estaba convaleciente de los disparos que le situaron entre la vida y la muerte 1987. La segunda y la tercera tuvieron como protagonista a George W. Bush, cuando fue sometido a sendas colonoscopias en 2002 y 2007. Ante tales circunstancias, el poder fue transferido durante horas o días a los respectivos vicepresidentes. Como ya se ha podido comprobar, el juez Pickering no fue sometido a esta normativa porque solo es aplicable a presidentes y, además, la 25ª enmienda fue aprobada en 1967, siglo y medio después de la destitución del alegre magistrado de New Hampshire.

Ahora, el debate se ha reabierto. La discusión ocupa al *establishment* de Washington, y es observada con curiosidad (incluso con impaciencia) en las cancillerías de medio mundo.



¿Ha incurrido ya Donald Trump en alguno de los motivos que pueden conducir a un proceso de destitución en la colina del Capitolio? ¿Ha cometido Trump algún delito? ¿Ha abusado de su poder? ¿Ha ejercido la obstrucción a la justicia? ¿Ha ocultado datos relevantes? ¿Es aplicable la 25ª enmienda por falta de capacidad para ejercer su cargo? Relatar hechos de forma cronológica ayuda, en ocasiones, a aclarar las dudas.

2 La conexión rusa

Donald Trump juró “preservar, proteger y defender la Constitución de los Estados Unidos” a mediodía del 20 de enero de 2017. Sólo 24 días después, el 13 de febrero, el consejero de seguridad nacional, el general Michael Flynn, presentaba su dimisión. Había mentido al vicepresidente Mike Pence y a otros altos cargos de la Casa Blanca sobre sus conversaciones con el embajador ruso en Washington, Sergei Kisliak. Se ha llegado a sospechar, incluso, que Flynn pudiera haber sido chantajado por Rusia. La noticia la había publicado el diario *The Washington Post*. Trump sufría su primera derrota ante esos medios liberales a los que tanto detesta, y a los que acusa de publicar noticias falsas. “Flynn, sé fuerte”, escribió Trump a su exasesor, en un mensaje de móvil que no habrá dejado indiferentes ni a Mariano Rajoy ni a Luis Bárcenas.

El fiscal general Jeff Sessions también está bajo sospecha por su conexión con los rusos, y el Congreso revisaba con lupa cada uno de sus movimientos durante la campaña electoral, cuando el 20 de marzo, el jefe del FBI James Comey informó al Capitolio de que se había abierto una investigación sobre la aparente interferencia de Rusia en las elecciones presidenciales americanas, y su posible conexión con la campaña de Trump.

Semanas después, el presidente dio un paso, cuyas consecuencias aún no han terminado su proceso de desarrollo: destituyó al director del FBI, en plena investigación sobre la

El 18 de mayo se publicó un informe de la inteligencia estadounidense según el cual el equipo de Trump había tenido, al menos, dieciocho contactos con altos funcionarios rusos durante la campaña electoral

trama rusa, las elecciones y el equipo de Trump. Era inevitable recordar la *Saturday Night Massacre* (la masacre del sábado noche) de Nixon, el sábado 20 de octubre de 1973, cuando el presidente ordenó al fiscal general Elliot Richardson que destituyera al fiscal especial Archibald Cox, encargado de la investigación del caso Watergate. Richardson se negó a hacerlo y dimitió. Nixon llamó entonces al vicefiscal general William Ruckelshaus para que despidiera a Cox. Ruckelshaus se negó y dimitió. El presidente llamó por fin al número tres de la fiscalía, Robert Bork, al que nombró fiscal general en ese mismo acto. Bork sí destituyó a Cox.

Quizá Trump recordara la “masacre” ejecutada por Nixon. Quizá, no. Y, de hecho, la destitución se limitó a James Comey. Pero los efluvios nixonianos de la decisión eran inevitables. En especial, cuando días después se supo que Trump había convocado tiempo atrás a Comey para exigirle lealtad. Pero Comey, muy en su papel de alto funcionario con ínfulas de independencia, sólo le prometió honestidad, algo que se le supone al jefe del FBI como el valor a los soldados de reemplazo. Más aún: el 16 de mayo, el diario *The New York Times* publicó que Trump había presionado a Comey para que no siguiera investigando las conexiones de Michael Flynn con Rusia: “Espero que dejes correr esto”, le dijo, como si el presidente fuese



Donald y Melania Trump descendiendo del Air Force One en su llegada a Arabia Saudí.

todavía el CEO de su compañía inmobiliaria, y sus subordinados estuviesen obligados a seguir sus órdenes por encima de la normativa legal.

A partir de ese momento se aceleró la historia de esta presidencia porque, un día después, el ya citado congresista Al Green pronunció por primera vez la palabra *impeachment* en sede legislativa. Sólo 48 horas antes, se supo que el propio presidente de los Estados Unidos, en un ejemplo más de hasta dónde llegan sus capacidades para el cargo, había desvelado secretos oficiales al ministro de Asuntos Exteriores ruso, Sergei Lavrov, en el mismísimo despacho oval. Datos que, en buena medida, procedían de los servicios secretos israelíes. El 18 de mayo se publicó un informe de la inteligencia estadounidense según el cual el equipo de Trump había tenido, al menos, dieciocho contactos con altos funcionarios rusos durante la campaña electoral. Ese mismo día se nombró un fiscal especial para investigar el que ya se conoce como el “Rusiagate”. Así empezó el Watergate, y terminó como bien se sabe.

3 La mano de Melania

En pleno escándalo, Donald Trump trató de coger de la mano a su mujer Melania (sin mucho éxito, como pudo comprobarse por las imágenes de televisión) y embarcó en el Air Force One para su primera gira internacional. Hizo buenos negocios de venta de armamento con Arabia Saudí; trató de calmar a los israelíes por la filtración de secretos a Rusia; tuvo una reunión intrascendente con el liderazgo palestino; se atrevió a romper cualquier protocolo y muestra de buena educación al sentarse antes de que lo hiciera el Papa, en el despacho de Francisco en el Vaticano; humilló a sus socios de la OTAN al exigirles más gasto militar en un discurso de homenaje a las víctimas de la II Guerra Mundial y del 11-S (Trump tiene razón en exigir más inversión en defensa a los demás países, el problema es cómo y dónde debe hacerse



tal apelación); y en Sicilia dejó claro que no coincide en casi nada con sus colegas del G-7. Todo ello fue explicado después por Angela Merkel, con su conocida capacidad de síntesis: consumado el Brexit y consumada la elección de Donald Trump, “los europeos tenemos que tomar el destino en nuestras manos”. Los aliados de antaño siguen siendo de antaño, pero ya son menos aliados.

Trump no había terminado su gira cuando le llegaron a Europa los ecos del nuevo escándalo: el FBI había puesto sus focos sobre Jared Kushner, asesor muy principal del presidente, además de marido de su hija Ivanka. La investigación sobre el “Rusiagate” se acercaba peligrosamente al Despacho Oval, y ya alcanzaba a un miembro de la familia presidencial. La sucesión de acontecimientos inverosímiles ha continuado después, en un arranque de mandato que está resultando tan asombroso como la campaña electoral.

Aún está por demostrar que Vladimir Putin haya diseñado desde los despachos del Kremlin esta compleja maniobra para desvirtuar el sistema político americano y forzar la llegada al poder de un personaje como Donald Trump. Si es obra del líder ruso, solo cabe felicitarle por el éxito de la que sería la más lúcida y provechosa operación de espionaje e inteligencia de la historia. También pudiera ser fruto de la casualidad, pero hay cuentos de hadas más creíbles.

En medio de tanta agitación, Trump sufrió una derrota humillante en el Congreso, cuando su propio partido fue incapaz de reunir el suficiente número de votos (luego corregido parcialmente) como para derripar el sistema sanitario de su predecesor: el *Obamacare*. Volvió a perder cuando algún juez de algún lugar perdido en algún estado de la Unión paralizó con éxito su decreto para impedir la entrada en el país de personas procedentes de varios países de tradición musulmana. Apenas se ha puesto en marcha el proceso para deportar en masa a los inmigrantes sin papeles. Anunció que saca a Estados Unidos del Acuerdo de París sobre el clima, aunque el texto de ese pacto establece que un país firmante sólo puede denunciarlo tres años después de su entrada en vigor, lo que

Aún está por demostrar que Vladimir Putin haya diseñado desde los despachos del Kremlin esta compleja maniobra para desvirtuar el sistema político americano y forzar la llegada al poder de un personaje como Donald Trump

ocurrirá el 4 de noviembre de 2019, y “surtirá efecto al cabo de un año”: el 4 de noviembre de 2020, un día después de las próximas elecciones presidenciales. Pero, eso sí, ha satisfecho los oídos de sus votantes trabajadores de la industria del automóvil de Michigan, o de los mineros de Pennsylvania (“amo a los mineros del carbón”, dijo en su discurso, como si las minas fueran su hábitat natural). Y el Capitolio pone muchos reparos a autorizar el gasto que puede suponer la ampliación del muro en la frontera con México. Solo faltaba que dos fiscales iniciaran trámites judiciales contra Trump, acusando al presidente de violar su juramento de la Constitución por aceptar dinero de gobiernos extranjeros que se alojaron en su hotel de la capital.

4 *El sistema de contrapesos*

El presidente de Estados Unidos tiene mucho poder, pero no tiene todo el poder. El sistema de contrapesos (*checks and balances*), del que tanto se enorgullecen los constitucionalistas americanos, soporta, por el momento, las investidas del hombre que prometió derripar el *establishment* político. Pero queda por delante mucho mandato.



Un minero de carbón estrecha la mano del presidente Trump, mientras se prepara para firmar la Resolución 38

Los más impacientes mantendrán su ensoñación de ver a Trump víctima de un *impeachment*. Pero, si eso no ocurre por ahora, la clave para la continuidad de Trump en la Casa Blanca tiene una fecha en el calendario: 6 de noviembre de 2018. Ese día se celebrarán las *midterm elections*, elecciones legislativas de mitad de mandato. Se renovará toda la Cámara de Representantes y un tercio del Senado. Si el Partido Republicano mantiene su dominio o, incluso, lo incrementa, Trump tendrá más fácil asegurarse el apoyo suficiente hasta las presidenciales de 2020. Si los candidatos demócratas se imponen en las urnas, Trump estará en riesgo de ser lo que un inquilino de la Casa Blanca nunca quiere ser: presidente de un único mandato. Y ese riesgo le acecha.

Las cuentas le salieron con inusitada perfección al equipo de campaña republicano en noviembre de 2016. Sabían que era muy difícil conseguir más votos populares que Hillary Clinton. Pero, de la misma manera, sabían que para Hillary Clinton sería difícil lograr la victoria en los estados clave para la elección presidencial, cuyos votantes estaban muy enfadados con los efectos de las políticas de Barack Obama. Y

Trump aprovechó el cuestionado sistema del Colegio Electoral, que permite que un candidato gane las elecciones teniendo menos votos. Los republicanos se volcaron en esos estados en disputa, y sacaron partido de otra realidad que los demócratas no supieron advertir: la enorme cantidad de americanos de izquierdas (esos que no se querían manchar las manos con la papeleta de un Clinton) que arrojarían su voto al irrelevante Partido Verde o, directamente, lo dejarían en casa. ¿Qué hará toda esa gente en las elecciones de 2020? ¿Volverá a desperdiciar su voto y permitir la reelección de Trump? Quizá en 2020 ese sector más extremista, una vez aprendida la lección, sí esté dispuesto a votar por cualquiera (*anyone but Trump*) para evitar un segundo mandato del magnate inmobiliario.

Entretanto, la Casa Blanca va seguir siendo sacudida por los tuits del presidente, por los efectos de la investigación sobre las conexiones rusas, y por las filtraciones a la prensa. Nada que hayamos visto ya podrá evitarnos la sorpresa de asistir a lo que nos espera por ver todavía. Y, mientras, la sombra del *impeachment* seguirá latente.